

## CAPÍTULO DUODÉCIMO.

Reflexiones.—*San Stefano Rotondo*.—*San Clemente*.—*La iglesia nueva*.—*La antigua basílica*.—*Su descubrimiento*.—*Descripción*.—*Otros restos de antiquísimas construcciones*.

¶ Si la verdad de nuestra Religión, si su origen divino, si la duración no interrumpida de la Iglesia de Dios, durante diez y nueve siglos, si la historia de su existencia, no constasen escritas en tantos y tantos libros inspirados unos y dictados por la revelación, y escritos otros por historiadores respetables; nos bastarían los monumentos que ha dejado la antigüedad para adquirir plena convicción de los hechos que fundan nuestra fe; y esos monumentos por sí solos nos servirían para confundir á la incredulidad y defender nuestra creencia contra los ataques de sus enemigos.

La autenticidad de los libros sagrados que nos ha transmitido la historia de la antigua Alianza, está comprobada con mil y mil monumentos del gentilismo y del paganismo, y hasta la cronología sagrada de los israelitas se ve confirmada por infinidad de pruebas irrecusables que en visibles caracteres nos han legado los pueblos más antiguos.

Concretándonos á la historia de la Iglesia, en Roma solamente, encontraremos por donde quiera á millares los monumentos que nos la enseñan desde su fundación hasta nuestros días, presentándonos esa sucesión de acontecimientos que comprueban su origen, su unidad, su santidad y su universalidad.



Los monumentos de la Roma pagana, como hemos observado arriba, atestiguan que las profecías más remotas referentes á la destrucción de la Sinagoga para ser sustituida por la Iglesia, fueron puntualmente cumplidas. Hemos visto la representación material de la ruina del templo de Jerusalem en piedras labradas por hombres que no eran ciertamente los propagandistas voluntarios de la nueva Religión. Hemos visitado un colosal edificio levantado por los vencidos en esa cruelísima guerra que decidió de la suerte de una nación que estaba profetizado dejaría de figurar para siempre en el catálogo de las naciones. Hemos visto nacer á la nueva Religión debajo de la tierra en la oscuridad de las Catacumbas; la hemos visto desarrollarse en medio de crueles persecuciones, y nuestros ojos han palpado los vestigios de la barbarie sacrificando mil y mil víctimas á su furor sanginario. A nuestra vista se ha presentado el espectáculo de un pueblo rey del mundo sepultado entre los escombros de su grandeza, y levantarse sobre las ruinas de un poder sostenido por la fuerza bruta, otro poder incontrastable apoyado en una virtud divina, sujetando á su autoridad los hombres y los imperios y llevando sus conquistas muy más allá de los límites de la dominación romana.

Admirable espectáculo este que ofrece á nuestra vista una sola ciudad en donde se han obrado tan estupendos prodigios, de donde han partido tan maravillosas conquistas, en donde se ha visto concentrada la fuerza de un poder sobrenatural que se ha ejercido durante siglos enteros y en una larguísima sucesión, por un sólo hombre, que ora personificado en un pobre pescador, ora en un ilustre descendiente de real estirpe, ora en un cuidador de cerdos, ora en un sabio de primer orden; ya en un hombre tímido y cobarde, ya en un enérgico varón á quien no impone la presencia de un ejército numeroso, ya en un anciano valetudinario, ya en otro lleno de vigor y de valor indomable; unas veces en el potentado que dispone de grandes ejércitos y de valiosos caudales, otras en el humilde prisionero que vive de limosna.

Y tal es el espectáculo que ofrece Roma al observador im-

parcial; y esta es la historia de la Iglesia que comprueban los monumentos con que tropezamos á cada paso recorriendo la Metrópoli del Catolicismo. Roma es el único país del mundo que tiene escrita con monumentos su historia de muchos siglos. Roma es la ciudad que viene dejando en cada centuria, en cada año, vivos recuerdos de su existencia anterior, y los viene conservando en pie á través de los siglos, para dar al mundo un testimonio constante de la inmutabilidad de una Religión que no acabará en su vida militante, hasta que deje de existir la tierra que nos sustenta. Se puede asegurar que no ha habido época, ni siglo, ni año que no haya dejado en Roma un vestigio, si no es que un monumento, de los hechos gloriosos que forman la historia de la Iglesia.

Estas reflexiones que á cada paso nos sujería el aspecto de las ruinas y de las contrucciones en pie, y la lectura de las inscripciones, y la vista de las obras de arte; nos vinieron á la mente al acercarnos á visitar dos Iglesias antiquísimas, á donde vamos á introducir al lector en el camino que conduce del *Colosseo* á San Juan de Letrán; nos referimos á San *Stéfano Rotondo* y á San Clemente. Probablemente la segunda de estas Iglesias es la más antigua de Roma, la más antigua del Catolicismo, después de las Catacumbas.

Entraremos primeramente en San *Stéfano*. No faltan anticuarios que hayan creído ser este mismo edificio un templo pagano, que aseguraban unos fué el de Baco y otros el de Fauno; pero basta fijarse en la desigualdad de las columnas para convencerse de que la Iglesia fué formada con los restos de varios templos ú otra clase de edificios más antiguos. En efecto, la rotonda está circundada por 56 columnas de diversos diámetros y de diferentes órdenes de arquitectura. Anastasio, el historiador eclesiástico á quien llaman "el bibliotecario," asegura que esta Iglesia fué dedicada en el año 467 con los restos de otros edificios. Se la llamó *rotondo* por su forma circular. En su origen tenía un doble pórtico, que habiéndose arruinado, Nicolás V, que lo hizo restaurar en 1452, mandó cerrar los intercolumnios del primer peristilo, formando la pared circular exterior que ahora existe. La ro-



tonda tiene de diámetro 44 metros; las columnas son unas de granito y otras de mármol, las paredes se hallan decoradas con pinturas de Pomarancio y algunas de Tempesta, que representan los martirios que sufrieron los cristianos por los judíos, los romanos y los reyes vándalos. Esta Iglesia conserva en su interior la magnificencia de los edificios de la Roma pagana. Pasemos á la de San Clemente.

Llenos de veneración entremos en el recinto de este majestuoso templo, penetrados de los otros sentimientos que no pueden menos de inspirar estas antiquísimas construcciones, en donde por tantos siglos se ha tributado culto á la majestad de Dios. Con el ojo artístico preparémonos á estudiar la transición que se iba obrando en el arte cristiano, que apenas nacido en las Catacumbas, auguraba las grandes conquistas del Renacimiento. Bajo el arcezonado de incorruptible cedro de esas primeras casas de oración, resonaron los primeros cánticos y las clásicas salmodias de los primitivos cristianos. Dentro de esos muros ennegrecidos por los años, adoraron á Dios en espíritu y en verdad cien generaciones de fervorosos creyentes: algunos de ellos han sido colocados en los altares de ese mismo templo, que santificaron con el ejercicio de las prácticas religiosas á que se entregaban con una devoción de la cual los cristianos de hoy no hemos conservado sino débil sombra.

Según antigua tradición que no ha sido desmentida, San Clemente Papa, el tercer sucesor del Príncipe de los Apóstoles, originario de la familia Flavia de imperial estirpe, tenía su casa entre el Monte Celio y el Esquilino; en esta casa había construido un oratorio que después de los días del Santo fué transformado en Iglesia y consagrado á su especial culto, según atestigua San Gerónimo. En principios del siglo V la iglesia estaba ya convertida en basílica; pues San Zózimo Papa, en 417 le da esta denominación en una carta á los Obispos de África, que se refiere al juicio que pronunció allí contra Celestino pelágiano. San León I, en 449 la menciona con igual título en la epístola que dirigió á San Flavio, Patriarca de Constantinopla, y es mencionada igual-

mente en el Concilio Romano que se reunió en tiempo del Papa Simaco en 499. En esta basílica San Gregorio el grande predicó sus homilías 33 y 38, y este mismo Pontífice en el cuarto libro de sus diálogos habla de ella describiendo la santidad y la muerte de S. *Servulus*, quien exhaló el último aliento bajo el pórtico exterior del Santuario.

Cuando Roberto Guiscard invadió á Roma en 1084, la basílica de San Clemente sufrió considerable deterioro. Pocos años después la reconstruyó Pascual II, levantando el templo que hoy existe, sobre las ruinas del antiguo; empleando en aquél parte de lo que había quedado de éste, cuyos restos permanecieron ignorados durante siglos enteros, hasta mediados del presente, en que una casualidad hizo descubrirlos. Adelante haremos mención de este importante descubrimiento cuando bajemos á visitar esos interesantes despojos. Veremos primeramente la Iglesia que llamaremos nueva, la cual en el siglo XV fué decorada con pinturas y esculturas que todavía existen, y posteriormente recibió algunas restauraciones, con especialidad en el Pontificado de Sixto V y en el de Clemente XI.

Al reconstruir la iglesia se puso esmerado estudio en seguir el plan de la primitiva, y conservar de la antigua basílica todo lo que se salvó de la destrucción; de manera que puede considerarse como el tipo de los templos edificados por los primeros cristianos. Bajo este punto de vista, San Clemente es uno de los más interesantes monumentos de la Cristiandad. Se nos permitirá por este motivo ser minuciosos en su descripción, cuya lectura esperamos no fastidiará á los católicos y á las personas ilustradas.

La primitiva entrada de la Iglesia se abre en el fondo de un pequeño pórtico formado con cuatro columnas, de las cuales tres son de granito gris y una de cipolino. Esta puerta conduce al atrio, que tiene la forma de un paralelogramo rectángulo circundado de pórticos que sostienen cuatro pilastras de mampostería y 16 columnas de granito con capiteles jónicos. Del atrio se pasa á la Iglesia, que es de tres naves divididas por dos hileras de columnas con capiteles también



jónicos y por dos pilastras de mampostería. Estas columnas fueron tomadas de antiguos edificios, como lo comprueba la circunstancia de ser desiguales y de diversas materias; unas son de granito y otras de mármol, unas son acanaladas y otras no.

En la nave central inmediata á la sección del presbiterio, se alza un cercado de mármol como de un metro de altura, en el cual llaman la atención los monogramas cincelados del Papa Juan VIII, que gobernó la Iglesia en la segunda mitad del siglo IX. Este precioso dato sirve para determinar la época en que fué construido el cercado, que indudablemente adornaba la antigua basílica. Este recinto servía de coro en las iglesias primitivas y en él asistían á los oficios divinos los sub-diaconos, los clérigos menores y los cantores. A los dos lados del coro se levantan dos ambones contruidos con variedad de mármoles; en el de la izquierda, que es más alto, los diaconos leían el Evangelio, proclamaban los edictos pontificios y denunciaban á los excomulgados; en el de la derecha el sub-diacono leía la epístola, y junto á este ambón se ve una especie de facistol ó atril que servía á los lectores para leer las profecías y las otras lecciones sagradas, y á los cantores para cantar el gradual. Del lado izquierdo, cerca del ambón existe una columna espiral de mármol con curiosas incrustaciones, que se empleaba en colocar el cirio pascual.

Inmediato al coro está el presbiterio, que se llamaba entonces *Sanctuarium*, y en un tiempo estuvo enteramente separado del cuerpo de la Iglesia. Allí se alza el altar de la confesión que nosotros llamamos mayor, el cual mira al Oriente, según antiquísima costumbre. Está cubierto por un tabernáculo, sostenido por cuatro columnas de mármol violado. En este altar se encierra la urna que conserva los venerables restos de San Clemente Papa y de San Ignacio mártir, Obispo de Antioquía.

Al derredor del ábside están los asientos para los presbíteros, de donde viene la palabra *presbiterio*, denominación que conservamos nosotros y los españoles, á diferencia de los

italianos que le llaman *tribuna*. En el centro hay una silla más elevada en donde se sentaba el Obispo titular, como lo acredita una inscripción que manifiesta haber sido ejecutada aquella obra por Anastasio, cardenal presbítero, el año de 1108. Arriba de este asiento se ve una pintura que representa al Salvador y á la Virgen María en medio de los Apóstoles, hallándose separadas las figuras una de otra por una palmera. La parte superior del ábside está decorada con mosaicos, que según la inscripción que se lee en una pilastra, fueron ejecutados por orden de Jacobo Tomasio, fraile menor, en 1299. En el mosaico que adorna el frente del ábside está representado el Salvador en actitud de bendecir, acompañado de San Pedro y San Clemente de un lado y San Pablo y San Lorenzo del otro. También se ven allí los profetas Isaías y Jeremías, los cuatro símbolos de los Evangelistas y las ciudades de Belén y de Jerusalem, que simbolizan el nacimiento y la muerte del Redentor. La bóveda del ábside está adornada con extraños arabescos mezclados con pequeñas figuras de santos, entre los que se reconoce la imagen de Santo Domingo, que se advierte ser de época posterior á la decoración general, y en el centro se ve un Crucifijo entre la Virgen y San Juan.

El pavimento de la iglesia es magnífico, del estilo que llaman *alejandrino*, y cubre no solamente las naves sino también el presbiterio. Los frescos de las paredes son de mérito, y fueron ejecutados por orden del Papa Clemente XI en principios del siglo pasado.

No nos detendremos más en describir las otras partes del edificio y pasaremos por alto las capillas, que son dignas sin embargo de visitarse, permitiéndonos mencionar solamente la que está á la derecha de la entrada principal como una de las más interesantes para el estudio de la historia de la pintura.

En el año de 1857, hallándose la iglesia servida por religiosos dominicanos irlandeses, al estarse reparando el convento anexo fué necesario hacer algunas excavaciones en la sacristía y al ejecutar esta operación descubrióse un muro con



pinturas muy antiguas. Con este motivo un sabio y celoso eclesiástico, el P. Mullooly que tenía el cargo de prior de la comunidad, hizo investigaciones y estudios que le dieron á reconocer la existencia de una nave correspondiente á un grandioso edificio que debía pertenecer á la primitiva basílica de San Clemente. Prosiguiéronse los trabajos y no tardó en reconocerse que la antigua basílica estaba allí, debajo de la iglesia construida por Pascual II, y asimismo que dicha basílica había sido edificada sobre otras construcciones muy sólidas de diversas épocas de la antigua Roma. La Comisión de arqueología sagrada tomó parte en las investigaciones, interesada en un descubrimiento tan importante para las artes, para la historia y para la liturgia, y ordenó que los trabajos fuesen dirigidos por un hábil arquitecto, Francisco Fontana. Encontróse el edificio lleno de tierra y de escombros, y se reconoció que sobre él había sido construida la iglesia superior, y era necesario emprender costosas obras para recibir las paredes y el piso de esta iglesia, antes de proceder á desembarazar la antigua. Gracias á la munificencia del inmortal Pío IX, y al celo del padre prior, en poco tiempo quedó desocupado el antiguo santuario, descubriéndose enteramente las paredes y en ellas una interesante serie de frescos y pinturas de los primeros siglos de la Era cristiana.

Descenderemos á visitar este curioso templo, bajando por la escalera que está practicada en la sacristía. Llegaremos á una especie de vestíbulo que precede á las naves y es el que servía para que los catecúmenos asistiesen á los oficios divinos. A lo largo de la escalera veremos en las paredes varios fragmentos de inscripciones encontradas en las excavaciones, y algunos otros objetos, entre los cuales llaman la atención dos pequeñas estatuas de San Pedro, representado bajo la figura de Buen Pastor. El vestíbulo se hallaba separado de la basílica por varias columnas aisladas, que se advierte fueron unidas después para consolidar el edificio, formando una pared sobre la cual se ven dos frescos, uno de cada lado de la entrada á la nave principal; el de la izquierda representa la traslación del cuerpo de San Cirilo de la basílica va-

ticana á esta iglesia. Esta traslación tuvo lugar en tiempo de Nicolás I, que ocupó la silla de San Pedro de 858 á 867. El fresco de la derecha es más interesante. Dividido en dos secciones, el asunto de la principal es un milagro verificado en la tumba de San Clemente, conforme á la tradición de que dan testimonio San Efrén, Gregorio Turonense y el Cardenal Baronio. Poco tiempo después de la muerte del santo, cuyo cadáver fué arrojado al mar, atado á una pesada áncora, las aguas se retiraron del punto en donde se hallaba el cuerpo, y apareció éste en un pequeño templo de mármol. Este prodigio se renovó durante muchos años en el día del aniversario del martirio del santo Pontífice. El fresco representa la procesión que anualmente se celebraba para ir á venerar las sagradas reliquias, bajo la presidencia del Obispo de Quersoneso. En la sección inferior se manifiesta otro milagro que se obró en el mismo sitio. Una piadosa viuda que seguía la procesión, dejó olvidado á un pequeño hijo que había llevado en su compañía. Las aguas volvieron á su lugar, y la viuda desolada lloró perdido para siempre al fruto de su amor. Al año siguiente fué á visitar el sepulcro, con la esperanza de recoger acaso los despojos mortales de su hijo, y al apartarse las aguas le vió sorprendida sano y salvo, en el sitio en que lo había dejado. El fresco hace aparecer á la madre en los momentos en que está recibiendo en los brazos á su querido hijo. En la pared de enfrente, en medio de dos columnas, se ve otra pintura muy interesante: la figura del Salvador con un libro en la mano izquierda y con la derecha dando la bendición; á los lados están los arcángeles San Miguel y San Gabriel que le presentan á dos sacerdotes, uno que lleva un libro y el otro un cáliz, y junto á cada uno de éstos se ve á San Clemente y á San Andrés, que son reconocidos por los nombres que tienen inscritos verticalmente.

Pasemos al cuerpo principal de la iglesia. Esta se compone de tres naves separadas por ocho columnas de cada lado. La nave de enmedio está hoy interceptada en sentido longitudinal por una pared construida recientemente para soste-